

ARROZ CON COCO Y AMOR EN EL CARIBE

El sol enciende la bahía de Cartagena de Indias realzando magníficamente el brillante verde de la selva, el azul de las aguas, el blanco de la espuma que cabalga sobre la cresta de las olas y el dorado gris de la arena de las playas. Una suave brisa mece las gráciles palmeras y los manglares de la costa y, jugueteando a su paso con las aves de colorido plumaje que giran en el aire tropical, trae hasta nuestro barco el calor y el perfume de la selva.

Contemplo la escena desde el puente de la ‘Sirena del Caribe,’ un barco de carga que está al ancla en la bahía, no muy lejos de la isla Tierra Bomba, esperando mercancías que deberá cargar hoy o mañana en el puerto de Cartagena. Me embarqué en él esta mañana con el propósito de viajar a Panamá, aprovechando que Mr. Henderson, su capitán me ofreció un pasaje a buen precio. No en una de las pocas cabinas privadas reservadas para los oficiales, o para algún pasajero que esté dispuesto a pagar bien, sino en el compartimento de los tripulantes. Pero, si lo prefiere, me dijo el capitán, puede dormir en una hamaca colgada bajo un toldo en cubierta. Agradeciéndole le contesté que eso haría. Es agradable dormir al aire libre y lo prefiero a pasar la noche en un camarote atestado de gente que roncan y huelen mal. Aunque si esa fuera la única alternativa me resignaría, porque en realidad no exijo ni busco comodidades cuando voy de camino. Lo único que me importa es desplazarme de un punto al otro, ver gente diferente y experimentar algo nuevo cada día.

Nací en Chile, pero viví mi infancia y parte de mi primera juventud en el extranjero, asistiendo a variadas escuelas y hablando otros idiomas. Mi padres trabajaban para el cuerpo consular y, debido a eso, cambiábamos a menudo de residencia. Era una vida que me encantaba y que, ingenuamente, pensé que duraría para siempre.

Sin embargo, cuando cumplí los dieciséis años, quisieron mis padres que volviera a Chile a estudiar en la universidad, para proseguir como ellos una carrera diplomática.

Hallando razón en sus argumentos, acepté volver a un país que me era casi desconocido. Vine con mi madre quien permaneció un tiempo conmigo en la casa que poseíamos en Santiago para ayudarme a establecerme. Antes de partir, y de común acuerdo, solicitó a doña Amalia, una señora viuda sin hijos, lejana prima de mi padre, que viniera a hacerme compañía y a

cuidar de mis necesidades a cambio de un modesto salario y un lugar donde vivir, lo que ella aceptó encantada, ya que vivía de una escasa renta.

La vieja señora, que me trataba como si fuera su nieto, se hizo cargo de los detalles de la vida diaria y yo comencé a frecuentar la universidad. Me hice allí de varios amigos y me hubiera sentido aún más a gusto frecuentando las clases y participando en las diversas actividades, sino hubiera añorado tanto la vida que había llevado con mis padres.

Sin embargo, no sólo las esperanzas de volver a vivir con ellos en algún país lejano, sino aún las de volver a verlos, desaparecieron brutalmente dos años más tarde, cuando ambos perecieron en un accidente aéreo. Esta tragedia me causó un gran choque emocional y fue solamente gracias a la solicitud y atenciones de doña Amalia que logré recuperarme.

A causa de la muerte de mis padres surgieron también problemas materiales. Yo desconocía totalmente su situación económica e ignoraba igualmente si existía un testamento. Me dijeron en el Ministerio del Exterior que averiguarían el estado de sus finanzas en el extranjero, pero que esos trámites durarían largo tiempo.

El envío mensual de dinero de mis padres había obviamente cesado, por lo me vi forzado a abandonar los estudios y a buscar un trabajo para seguir viviendo.

Gracias a mi conocimiento de idiomas obtuve un puesto en una compañía de exportaciones donde ganaba lo suficiente para afrontar las diarias necesidades, pero no para hacer grandes ahorros. Para distraerme y olvidar por el momento mis deseos de viajar, empecé a acudir a fiestas y paseos con amigos o a ir los fines de semana a bailar a algún sitio.

Conocí en una de esas reuniones a Mariana, una chica muy atractiva quien, como yo, parecía alegrarse cuando nos encontrábamos. Comencé a verla frecuentemente a pesar de un rasgo desconcertante en su carácter. Sucedió que se mostraba muy sensual conmigo en presencia de nuestros amigos, pero estando solos me permitía apenas un beso en los labios cuando la dejaba a la puerta de su casa. Cuando bailábamos, se apretaba contra mí estremeciéndose entre mis brazos, causándome la impresión que, dado el momento, no se opondría a una relación más íntima, pero, al salir de la fiesta y vernos solos, esquivaba mis caricias sin dar explicaciones.

Al cabo de un par de semanas decidí no aguantar más esta absurda situación y una noche, al salir de una fiesta donde nos habíamos divertido mucho, le propuse francamente que se viniera a dormir conmigo. Me miró sin enojos, más bien con pesar, contestándome que el matrimonio era para ella la única puerta al dormitorio y que ni siquiera aceptaría entreabrirlo para echar una ojeada al interior.

Le repuse que aunque ella me gustaba y la deseaba, no estaba en situación de hacerle promesas de casamiento. Si no deseaba hacer el amor antes de casarse, estaba bien y no intentaría de convencerla de lo contrario, pero si era su intención mantener conmigo solamente una relación platónica, debía ser sincera y no hacerme falsas demostraciones amorosas en presencia de otra gente.

Me respondió que no quería que nos separáramos y que haría lo que le pedía respecto a su comportamiento. Como lo pasábamos tan bien en mutua compañía, me alegré yo también que continuáramos nuestra relación, aunque fuera en esas condiciones. Éramos una excelente pareja de baile, muy admirada por nuestros amigos, quienes nos hacían a menudo corro cuando bailábamos un cha-cha-cha o un rock'n'roll; gustábamos ambos de la playa y de paseos al campo, solos, o con amigos y nos encantaba jugar al tenis en pareja.

Era mejor así. Hubiera sido inútil enamorarnos y comenzar ilusionados a hacer planes para una unión destinada al fracaso, porque yo, que no olvidaba mi sueño, apenas tuviera los medios necesarios, me iría recorrer el mundo, algo que a Mariana no le interesaba.

Por esa razón decidí respetar su reserva, y traté de ver en ella sólo un camarada con quien podía bailar, conversar y pasear, sin peligro de verme obligado, a causa de intimidades sexuales, a un matrimonio que no deseaba.

Un día, al regresar del trabajo, encontré en el buzón la carta de un abogado al que conocía por estar encargado del asunto de mis padres. Pensando que se trataba de lo mismo, la abrí sin sospechar que encerraba noticias que cambiarían mi presente vida.

Una tía de mi padre, que vivía lejos de Santiago en una ciudad del norte, había fallecido dejándome en su testamento una suma suficiente para permitirme renunciar a mi empleo, extender mis alas y salir a volar por el mundo.

Como yo apenas recordaba esa anciana señora, le pregunté a doña Amalia si la conocía. Algo escandalizada por mi ignorancia, me contestó que doña Crispiniana Carrales, no sólo era mi tía abuela, sino que había sido nada menos que mi madrina de bautizo.

¡Qué vergüenza sentí! Ni siquiera sabía que estaba bautizado. Mis padres eran agnósticos y en casa jamás hablábamos de religión. Tal vez la católica tía rica en alguna ocasión en que la visitaron, los convenció de bautizar al bebé, sugiriendo ser ella la madrina de bautizo y ellos simplemente olvidaron de decírmelo cuando tuve edad de comprender.

Ese mismo día acudí donde el abogado para estar seguro que no era una equivocación o una confusión de nombres. Al asegurarme este señor que todo era legítimo, le pedí hacer enseguida los necesarios trámites para recibir la herencia. Le pregunté también por la fecha del funeral a fin de acudir a las exequias, pero me dijo que la tía había muerto hace más de un

mes y me mostró la carta original con la copia del testamento. Al examinarla vi en el sobre que esta había recorrido medio mundo antes de llegar a mis manos. El abogado de la buena señora, ignorando la muerte de mis padres, había enviado la carta al consulado chileno en el Japón, donde alguna ignorante secretaria la reenvió a Francia y de ese país a Chile.

Sólo cuando vi el dinero depositado en mi cuenta bancaria me atreví a renunciar a mi empleo, un hecho que provocó una gran sorpresa entre mis compañeros de trabajo. Sin mencionar lo de la herencia, les dije francamente que, aunque el trabajo me agradaba, lo dejaba porque quería ir a recorrer el mundo. Pensaron que hacía un chiste, pero cuando vieron que hablaba en serio, probaron a disuadirme de tal absurda idea, mencionando la seguridad que proporciona un buen trabajo y los prospectos de una buena jubilación y tranquilidad en la vejez, algo que no podía estar más lejos de mi mente. Me imagino que había un poquitín de envidia en todos sus argumentos y que algunos de ellos también enviarían sus empleos de paseo si tuvieran la oportunidad de hacerlo, pero no se los tomé a mal. También yo me hubiera puesto envidioso si uno de ellos hubiera ganado la lotería.

Con Mariana me sucedió algo inesperado. Teníamos ese domingo una cita para jugar tenis y fui a buscarla a su casa en el auto que me había prestado un amigo. Después de varios días nublados, el sol lucía magnífico, por lo que decidimos dejar el tenis para otro día e irnos de paseo a las afueras de Santiago. Hacía calor y el campo se veía verde e invitante. Dejando el coche aparcado a la orilla del camino, nos adentramos por unos potreros siguiendo un arroyuelo que serpenteaba entre los árboles. Caminamos hasta llegar a un frondoso sauce que crecía cerca del agua y nos sentamos en el el pasto bajo sus frescas ramas. Luego de charlar de algunas cosas sin importancia, le relaté lo de la herencia que me permitía finalmente realizar mi sueño de viajar por el mundo. A pesar de haberle hablado en varias ocasiones acerca de mi idea, la vi poner una cara tan triste al oír que mi propósito se hacía realidad que, olvidando su eterno rechazo de intimidades, la tomé en mis brazos y la besé. Para mi gran sorpresa, por primera vez desde que la conocía, no rechazó mis caricias, sino que las correspondió de buen grado. Aún así, después de un instante, me aparté de ella y quise pedirle perdón por mi rompimiento del acuerdo, pero no me dejó hablar. Se apretó contra mí, abrazándome y besándome como nunca lo había hecho. Tanto así, que dejándome llevar por el deseo que siempre sentía por ella, le levanté la corta falda de tenis, acariciándola entre las piernas. Mariana se quitó entonces la blusa y el sostén, dejando al aire sus bonitos senos, los que besé con ansias. Nos terminamos de quitar la ropa e hicimos el amor sobre la hierba, sin preocuparnos si alguien nos veía, ni de nada. Sólo queríamos saciar nuestros deseos por tanto tiempo retenidos.

Un par de horas más tarde, estando sentados en el patio de un restaurante en el pueblecito vecino, me dijo que no me preocupara por lo que había sucedido entre nosotros. Habíamos sido felices unos momentos, pero ella se daba cuenta que no estábamos hechos para compartir una relación duradera. Sus deseos de finalizar sus estudios de medicina y mis deseos de vagabundear, no eran compatibles. Debíamos, eso sí, no olvidar nuestra amistad y mantenernos en contacto estuviera yo donde estuviera y, si algún día regresara con ganas de establecerme en Chile, podríamos hablar nuevamente acerca de nosotros y de nuestras vidas. Le dije estar de acuerdo y le prometí recordarla y escribirle.

Cuando detuve el auto frente a su casa, se despidió de mi con un largo y sensual beso, deseándome muchas felicidades en mi viaje. Se bajó alegremente del automóvil y se quedó parada en la vereda haciéndome señas mientras me alejaba.

Menos mal que no nos enamoramos. No hubiera podido dejarla. Aún así me fue difícil.

Varios gastos que tuve que hacer antes de partir disminuyeron en algo el legado de la tía, haciéndome ver que debía ser muy ahorrativo si quería deambular por el mundo sin tener que detenerme a trabajar aquí o allá. Para asegurar el mantenimiento de la casa en Santiago, le dije a doña Amalia que deseaba alquilar el piso superior, que constaba de todo lo necesario. Ella podría continuar viviendo en la planta baja que disponía de baño y cocina independientes, ver que todo se mantuviera en orden y cobrar mensualmente el alquiler, del que podía usar una parte para sus gastos, depositando el resto en mi cuenta bancaria.

Como la vieja señora prefería no vivir sola y tal vez en un lugar menos confortable, aceptó mi proposición, pidiéndome tan sólo que le permitiera ayudarme a seleccionar los posibles arrendatarios. Hallándole razón acepté su petición, ya que ella sería la persona encargada.

Puse un aviso en el diario y unos días más tarde, nos decidimos ambos por un simpático matrimonio de mediana edad y de buena situación, que pensamos que se avendría bien con doña Amalia. La pareja era dueña de un perro muy juguetón y amistoso, que le encantó a la vieja señora, declarando que lo sacaría a pasear cada vez que ellos no pudieran hacerlo.

Todo arreglado, decidí iniciar mi viaje de la manera más simple y económica. Para eso, salí a la Panamericana, el camino que lleva al norte del país. Allí, parado al borde de la ruta, levanté el pulgar para señalarles a camioneros y automovilistas que podían disfrutar de mi simpática compañía si me llevaban un trecho del camino.

Tuve mucha suerte. No creo haber esperado más de diez minutos antes de que parara el primer camionero y me llevara casi mil kilómetros. De esa manera me encontré, en menos de dos días, en la frontera del Perú, sin haber gastado un centavo en movilización y muy poco en comidas. Los camioneros son muy amistosos y, al contrario de mis compañeros de trabajo, el relato mis planes de viaje no despertaba en ellos envidia, sino simpatía y admiración, lo que demostraban contándome sus vidas e invitándome frecuentemente a comer con ellos.

Claro, no siempre son las cosas tan fáciles y, si a pesar de mi pulgar levantado y mi agradable sonrisa, nadie responde a mis señales, continúo el camino a pie, con mi mochila a la espalda, entonando una cancioncilla para distraerme. Cuando la caminata se me hace demasiado larga, me allego al paradero de uno de los maltrechos buses donde viajan los campesinos que llevan sus productos a los mercados de los pueblos. La travesía no es nunca aburrida. Me entretengo conversando con las personas o acariciando los corderitos que algunas mujeres llevan en brazos. A veces logro extender mis caricias... Hay aldeanas muy deseables y poco esquivas. Comida compro en los mercados, cosas sencillas, pan, leche y queso, pero de vez en cuando me pongo derrochador y entro a algún restaurante a saborear un plato típico de la región. Es verano y el suave clima me permite extender mi bolsa de dormir en la playa, si el camino está junto al mar, o en algún recoveco de la selva, aquí sin olvidar la necesidad de batir con una rama los arbustos en el sitio escogido para pernoctar para ahuyentar los bichos o las culebras venenosas, no muy agradables como compañeras de lecho. Cuando llueve, busco algún modesto hotel donde pasar la noche.

A al cabo de dos meses me encontré en Colombia, país donde termina abruptamente la Panamericana al ser cortada por el Tapón del Darién, una espesa selva intransitable entre este país y Panamá, que obliga a volar o a navegar, al viajero que desea continuar hacia el norte. Viajé por todo el país hasta encontrarme un día en Cartagena, la vieja ciudad al borde del mar Caribe, con sus bellas mujeres, graciosas y simpáticas, que muestran en sus rostros y figuras la mezcla de razas que presta tanto atractivo a la gente de este lugar.

Cartagena es una ciudad donde creo que podría vivir muy bien y muy agradablemente, pero, a pesar de esa idea, decidí al cabo de unas semanas dejarla y continuar mi viaje. Para eso debía buscar un barco que viajara a Panamá y que me ofreciera un precio razonable.

Tras mucho averiguar trabé conocimiento con Mr. Hendrick Henderson, un noruego grande y gordo, con ojos melancólicos de un azul intenso. Hablamos al comienzo en castellano, lengua que chapurrea muy cómicamente, pero luego pasamos al inglés, para entendernos mejor. Es capitán de la 'Sirena del Caribe,' un barco de carga de mediano tonelaje que está anclado cerca de la isla Tierra Bomba al otro lado de la bahía. Lo tiene ahí para ahorrarse la tarifa

portuaria, porque espera desde hace varios días un cargamento para Buenaventura, un puerto colombiano en el océano Pacífico, al otro extremo del Canal.

Hicimos un trato conveniente y me preparé a embarcar, pensando haber entendido que partiríamos esa misma noche, pero Pierre, el segundo oficial, mientras conduce la lancha a motor en la que me lleva a bordo, me dice que no zarparán hoy, que los problemas con el cargamento que llevarán a Buenaventura continúan y que el viaje se retardará.

“¿Cuántos días?” le pregunto, sólo por curiosidad.

Pierre se encoge de hombros con un gesto muy gálico: “Un día o dos... ¿Quién sabe?”

Como viajo sin señalarme metas fijas y no tengo prisa por llegar a ningún sitio en particular me da lo mismo. Aprovecharé la pausa para poner al día mis apuntes de viaje.

Pierre acerca la lancha al barco y me señala una escalera de cuerdas colgada al costado de la nave. Al verme trepar por ella sin caer al mar, se aleja de nuevo en dirección al puerto.

A bordo hay unos chinos que me saludan con señas y sonrisas que les correspondo. No hay por ningún lado sillas de playa como en los transatlánticos de lujo que se ven en las películas, pero mirando mi alrededor, veo unos rollos de gruesa cuerda apilados sobre el puente y me siento en uno de ellos. Uno de los chinos me ofrece una sillita de lona, pero es tan pequeña que, para diversión de los chinos, la uso sólo para colocar mi libro y mis apuntes y continuo sentado en los rollos de cuerda.

Al cabo de un par de horas desaparece el sol tras el horizonte y aunque sé que en el trópico es un momento de día y al minuto siguiente de noche, no cesa de asombrarme ver al astro hundirse tan de prisa, sin el romántico crepúsculo de otras latitudes.

En la oscuridad que envuelve paulatinamente los manglares de la costa, se divisan las lucecitas de los cocuyos que vuelan buscando sus parejas. Son tenues lamparitas que se encienden y apagan rítmicamente en un curioso contrapunto luminoso con los destellos rojos y amarillos de las boyas que flotan desperdigadas por la bahía.

Al manto de oscuro terciopelo que ahora viste el cielo, lo rasga de pronto la estela luminosa de un meteorito y aquí y allá aparecen las primeras estrellas. En una ventana del antiguo castillo de San Felipe de Barajas, se asoma una débil luz tras los cristales y me digo que es el fantasma del antiguo castellano recorriendo las cámaras del palacio, vigilando que todo esté preparado para defenderse de los fantasmas de los piratas que según cuentan, surgen del mar en las noches de luna, cuchillos entre los dientes, prestos al ataque.

Sin importarles la creciente oscuridad, chillones pájaros buscan alimento en las negras aguas de la bahía, mientras nubes de mosquitos acuden zumbando de la costa, sedientos de sangre.

Afortunadamente una fresca brisa que de pronto se levanta, barre con ellos y alivia además el agobiante bochorno de la noche tropical.

Cuelgo mi hamaca bajo el toldo en cubierta donde ya reposan los chinos y acunado por el suave balanceo del barco, me duermo en paz conmigo y con el mundo.

Despierto temprano a la mañana siguiente, al oír la voz del capitán que habla con Pierre. Le dice que por la tarde irán al puerto a cargar las mercancías para Buenaventura y que no olvide preparar una de las cabinas porque él va ahora al puerto a buscar ‘our passenger.’

Pierre le contesta que uno de los chinos está limpiándola y arreglándola. Satisfecho con la respuesta, parte el capitán en su lancha con gran ruido de motor. Me gustaría saber quien es la persona para quien se prepara una cabina y me dan ganas de preguntárselo a Pierre, pero no quiero pasar por indiscreto y decido esperar hasta que vuelva el capitán con su pasajero.

Pierre es un mulato de oscuras facciones y ojos asiáticos, originario de la isla francesa de La Réunion; un hombre tranquilo y afable que parece ser instruido e inteligente. Conoce varios idiomas y les habla ahora a los chinos en cantonés. Asumo que les comenta que irán esta tarde al puerto a cargar, pero los orientales oyen sin hacer comentarios y sus caras impasibles no muestran ninguna reacción.

Tal vez, igual que a mí, les da lo mismo. Jugando al Mah-Jong, o leyendo y escribiendo como hago yo, se puede pasar la jornada tranquilamente y sin preocupaciones. La única interrupción a mis tranquilas tareas ha sido hasta ahora la comida de ayer al mediodía, mi primer almuerzo en el barco, preparado sin mucha fantasía por el cocinero de a bordo, un malayo gordo, pelado al rape, de largos bigotes negros, con un parche en el ojo que le hace parecer un pirata. Por la tarde habían panes con jamón o tocino y café caliente, pero a esa hora no se come en sociedad. Cada uno toma lo que desea y se va a comer donde quiere.

Ayer éramos siete comensales a la hora de almuerzo. Al llegar al comedor vi que era autoservicio como en una cafetería, cada uno lleva su plato a un sitio donde hay una olla con sopa y un par de bandejas llenas de carne o pescado. Luego de servirse se sienta uno a la mesa para comer junto a los otros tripulantes. Habían también fuentes con vegetales o arroz y un canastillo con fruta de la estación. La comida no era muy variada, pero buena y abundante. En el banco arrimado a la pared se sientan los maquinistas. El de piel oscura y pelo rizado es húngaro y el rubio, de pelo casi blanco y ojos aún más azules que los de Hendrick, es sueco. Vinieron a la mesa sudorosos, con la cara y las manos manchadas de aceite y comieron sin

hablar una palabra con nadie. No sé que idioma hablaban entre ellos, ya que sólo oí al sueco mascullar un saludo que me sonó algo así como “Guten Tag!”

Frente a donde yo me senté estaba sentado un señor viejo, de figura aristocrática y de fina nariz aquilina, enrojecida por el alcohol. Tiene grandes ojos de un azul desvaído que le lagrimean constantemente tras los gruesos lentes con marcos de metal. Cada cierto tiempo se quita las gafas cuidadosamente y se enjuga con un gran pañuelo floreado y no muy limpio, las lágrimas que le mojan las mejillas y el espeso bigote blanco cortado a la Bismarck.

Creo que tiene algún problema síquico porque murmura constantemente frases incomprensibles, sin dirigirse a nadie en particular. El resto de los tripulantes lo ignoran, pero no parecen burlarse de su rareza. Cuando ayer me senté a la mesa, vi que miraba en mi dirección diciendo algo y, sin conocer su manía, pensé que hablaba conmigo. Le pregunté que me decía, pero desvió la mirada sin hacerme el menor caso. Es un ingeniero naval y como tal, debería almorzar en el comedor de los oficiales, pero no sé si por voluntad propia, o por su costumbre de mascullar cosas sin sentido, está relegado al comedor de la tripulación.

A mi derecha estaba un joven colombiano que se llama Alipio, un tipo de desagradable aspecto. Tiene unos feos granos rojos en la cara y una nariz picuda de la que asoman negros mechones no muy limpios. Al hablar muestra unos dientes amarillos y sucios y exhala mal aliento. Pertenece a alguna exótica secta cristiana y es muy aburridor. Sus únicos temas son la religión y el temor a Dios, y si se le da ocasión habla de ellos sin parar. Todos parecen hartos de oírlo, excepto Jim, un negro haitiano que lo escucha meneando la cabeza con grandes gestos de asentimiento. Más tarde me contó el cocinero que Jim no entiende una sola palabra de las peroratas del colombiano, porque fuera de unas palabras de inglés pidgin, necesarias para comprender las órdenes de sus superiores, habla sólo el dialecto de su isla.

Tal vez pensando tener en mí, como sudamericano, una audiencia que lo comprendiera, comenzó Alipio, en el mismo instante en que me vio, a exponerme sus creencias religiosas, pero cuando le manifesté enérgicamente mi poco interés en ese tema, dio un respingo y no volvió a dirigirme la palabra. Luego, apenas engulló su comida, se levantó de la mesa y salió sin despedirse de nadie. Me imagino que se fue a orar para que Dios me ilumine a mí y a los otros pecadores, o a masturbarse para olvidar su frustración.

A mi izquierda se instaló el cocinero malayo, un hombre interesante con quien pude hablar de varios temas y quien me puso al tanto de lo que ocurre en el barco. Me divirtió mucho su conversación y también oírlo hablar inglés. Tiene un acento muy curioso, como si cantara.

El capitán y Pierre toman sus comidas en el comedor de los oficiales, servidos por uno de los chinos. Cuando el malayo se refiere a este lugar lo llama ‘The Nest.’ Al preguntarle por qué lo llama ‘el nido,’ se limitó a sonreír maliciosamente sin añadir palabra.

Estaba leyendo una novelita de aventuras cuando oí el ruido de un motor. Dejando el libro sobre la sillita de lona, me acerqué a la baranda y vi la lancha del capitán que se aproximaba, trayendo a bordo no un pasajero, sino, como constaté con agradable sorpresa, una pasajera que al verla de lejos parece ser muy joven.

Pero no era una muchacha joven como parecía, sino una atractiva mujer, hecha y derecha, la que poniéndose de pié en la embarcación, subió ágilmente la escalera de cuerdas que cuelga al costado del barco. Es una japonesa de linda figura y largo pelo negro, que da la impresión de ser muy simpática. Una vez a bordo nos saludó a mí y a Pierre con un apretón de manos. A los chinos los saludó diciéndoles algo en cantonés, que les provocó grandes risas y reverencias.

Pierre le habló en un tono familiar que me hizo pensar que ya la conocía: “Hello, Michiko, I’ll show you to your cabin in just a minute.”

“That’s fine, Pierre, don’t hurry. Take your time.”

Pensando que lo mejor para trabar conocimiento con la nueva pasajera sería hablarle en japonés, un idioma que aprendí de niño, pero que tengo pocas ocasiones de practicar, me acerqué a ella saludándola en esa lengua. Me miró sorprendida y echándose a reír me contestó también en japonés: “¡Oh, es usted, pensé por un momento oír a un compatriota. Qué buen acento tiene! ¿Dónde lo aprendió?”

“MI padre fue cónsul de Chile en Japón y yo hice la escuela primaria y parte de la secundaria en un instituto anglo-japonés en Yokohama.”

“¿En Yokohama? ¡Qué coincidencia! Yo también soy de esa ciudad. ¿Sus padres viven aún en Japón?”

“No, mis padres murieron.”

“Oh, lo siento. ¿Y usted que hace? ¿Es estudiante?”

“Era, pero terminé con la escuela. Estoy haciendo ahora un viaje alrededor del mundo.”

“¡Qué interesante! ¿Escribe un diario de viaje?”

“No todos los días, pero tomo apuntes para recordar cuando desee escribir los pormenores.”

Me iba a contestar algo, pero en ese momento vino Pierre a decirle que su cabina esta lista y que podía instalarse en ella.

Con un “Ya conversaremos” y una sonrisa se despidió de mí para seguirlo.

Me quedé pensativo, preguntándome adonde viajaría y por qué en un barco de carga. Si tenía una cabina privada no lo hacía para ahorrar dinero en el pasaje, como era mi caso.

Esperando a que volviera, me acomodé sobre los rollos de cuerdas a continuar leyendo, pero pensando en la japonesa no lograba concentrarme en la lectura.

Pasó un largo rato sin que volviera. Aburrido y medio adormilado por el calor, se me ocurrió pedirle a Pierre que me permitiera usar el bote que los chinos utilizan para pescar. Me dieron ganas de ir a la isla y adentrarme en los manglares que crecen hasta al borde del agua en algunos sitios. Su verde intenso me atrae y quisiera verlos de cerca.

Pierre me dice que está bien, que puedo usarlo. El bote está atado a popa y hay que bajar por una escalera de cuerdas que yace enrollada en cubierta. Pierre me señala que fije un extremo con unos ganchos a unos anillos y que luego arroje el otro extremo al agua.

Lo hago como me indica y me preparo a bajar, pero al ver la escalerita moviéndose como un péndulo sobre el bote que también se balancea impulsado por las olas, me parece tan frágil que temo que se romperá bajo mi peso. Como no quiero aparecer como tímido a los ojos del mulato, descendo agarrándome con fuerza a cada tramo, dominando el temor de desplomarme sobre el bote o de caer al agua.

Con un suspiro de alivio me acomodo en la embarcación que se bate fuertemente contra los viejos neumáticos que protegen los costados del barco. Las olas me salpican y veo que el fondo del bote hay por lo menos un centímetro de agua. Se lo indico a Pierre y él me señala una lata de conservas que flota en el fondo, haciendo ademanes de usarla para arrojar el agua al mar sobre el costado del bote.

Me entretengo en esa tarea unos minutos y cuando el agua ha disminuido, suelto las amarras y cojo los remos, tratando que Pierre no se de cuenta que es la primera vez en mi vida que remo en el mar. Las pocas veces que lo he hecho ha sido en botecitos en la laguna del parque de la Quinta Normal, en ocasiones en que alguna amiguita y yo nos divertíamos en verano, fingiendo que navegábamos a los Mares del Sur.

Estaba a punto de alejarme del barco cuando veo a la japonesa que me mira inclinada sobre la baranda: “¿A dónde va?” me grita para hacerse oír sobre el ruido del viento y del agua.

“A la costa, a ver los manglares. ¿Quiere venir?”

“De acuerdo, ahora bajo.” Coge sin trepidar la frágil escala de cuerda y bajando con soltura hasta el nivel del agua, espera que yo acerque el bote al barco. Luego, saltando a bordo, se

acomoda en un banco frente a mí, vestida muy deportiva, de pantalones cortos y una blusa que ponen en relieve su bonita figura.

Alegre de tenerla por compañía me pongo a remar con bríos, percatándome muy pronto que bogar en el mar es mucho más fatigante y difícil que hacerlo en la laguna del parque.

La isla está a unos quinientos metros del barco, pero me parecen cinco kilómetros.

Con alivio siento al bote vararse sobre la arena de la costa. Saltamos ambos al agua y lo empujamos hasta la playa seca, fuera del alcance de las olas, pero la arena arde bajo los rayos del sol y nos quema los pies haciéndonos saltar de dolor.

Volvemos con premura al agua donde nos metemos para calmar la quemazón. ¡Qué alivio! ¡Qué rica se siente el agua! Tal vez Michiko estará de acuerdo en que nademos un rato antes de aventurarnos entre los manglares.

Cuando me dijo que se llamaba Michiko le mencioné que sabía lo que ese nombre significa en japonés: ‘La nacida sabia y bella.’ Se echó a reír al oírlo y tomándose una mano, me trazó con el dedo un carácter japonés sobre la palma diciéndome: “Tienes razón, pero significa eso sólo cuando se escribe en kanji. A mí no me gusta presumir ni de sabia ni de bella y por eso lo escribo en katakana, para que no tenga ningún significado.”

De todos modos me parece que el significado en kanji es el más apropiado para ella. No sólo es bonita sino muy inteligente. Enseña filología española y americana en la universidad de Yokohama y ahora vuelve a su patria después de haber pasado un tiempo en Colombia estudiando dialectos regionales.

Me cuenta que de niña estuvo unos años en China donde asistió a la escuela primaria. Vivió con sus padres, como yo con los míos, en muchos y diferentes países.

Viaja ahora a Panamá, donde tomará el avión para volver a su patria. La familia con quien se hospedaba en Cartagena son amigos de Henderson y conversando con él y con Pierre, le vino la idea de hacer el viaje por mar hasta Panamá, en lugar de volar desde Colombia.

Hace mucho calor y le sugiero que podríamos nadar, señalándole eso sí que no tengo traje de baño y que no pienso meterme con ropa al agua. Me contesta muy seriamente: “Yo visito en Japón solamente baños termales que permiten bañarse desnudo. ¿Nunca fuiste a uno?” Le digo que sí, que muchas veces. Nos reímos y sin tardar nos desvestimos y entramos al agua.

El mar es transparente y se divisan claramente las conchas de los moluscos y las rosadas rocas que yacen en el fondo. Nadan por doquier miríadas de pececitos multicolores que no se

inquietan por nuestra presencia. Tomo aire y buceo hasta tocar la arena del fondo, pensando que podría quedarme horas ahí, nadando en esa agua tibia y cristalina.

Al igual que yo, sale Michiko a la superficie sólo para respirar. Ambos nos sumergimos una y otra vez, en ese mundo exótico y silencioso. Bajo el agua se rozan a veces nuestros cuerpos provocándome una deliciosa sensación y, aunque puede ser sólo una ilusión que me causa el deseo, me parece que ella también busca contacto con mi cuerpo.

Quise saber si era verdad lo que sentía y me aproximé a ella hasta tocar su piel, dispuesto a disculparme si se ofendía.. Nuestras miradas se encontraron y nos tomamos de las manos. Encontramos un lugar poco profundo donde nos paramos sobre la arena, abrazándonos estrechamente y besándonos. Me apretó el pene con los dedos al sentir mi erección contra su piel desnuda y luego, dándonos salados besos en las mejillas, en los ojos y en la boca, salimos del agua, respirando ambos hondamente hasta alcanzar la franja de arena mojada que queda entre el agua y la arena caliente de la playa. Recostados en la arena húmeda, sintiendo en nuestros cuerpos la caricia del agua, nos amamos apasionadamente olvidándonos de todo. El mundo me pareció en ese momento ser un lugar donde existíamos sólo ella y yo y fue muy lentamente que regresé a la realidad del sol, del mar y de la playa.

Me arrodillé entre sus piernas para besar nuevamente sus labios salados y sus erectos pezones, y le acaricié las nalgas, sintiendo bajo mis dedos la fina capa de arena que le cubre la piel. Echándome los brazos al cuello Michiko buscó mi boca con la suya y me apretó contra su cuerpo, cruzándome las piernas sobre el culo. Me hundí en ella con delicia hasta sentir que un nuevo orgasmo la hace gritar de placer. Me clava las uñas en la espalda y el dolor y deleite que me causa me hacen acabar con un voluptuoso espasmo.

Nos separamos respirando entrecortadamente, nuestros corazones aún encabritados, para tendernos de espaldas sobre la arena, hombro con hombro, cadera contra cadera, las manos entrelazadas, sus piernas sobre la mías. Así nos quedamos muy quietos, mirando las pequeñas nubes y los pájaros que surcan premurosos el cielo.

Después de unos minutos de delicioso descanso, Michiko me dice: “Vamos de nuevo al agua,” y dándome un beso se pone de pie.

Se da vuelta mirando hacia el mar y en el momento que me ofrece la espalda, me arrodillo sobre la arena y le beso los muslos y las nalgas. Le meto luego la cara en la deliciosa partidura para lamerle golosamente su rosado anillo. Ella, agachándose para gozar mejor de mis caricia, se queda quieta un momento, pero luego, irguiéndose, se da vuelta y me toma la cabeza, oprimiéndola contra los vellos de su monte de Venus: “Vamos al agua ahora,” me susurra: “Estoy cansada... Esta noche podremos gozar en mi cabina...”

Me levanto y tomados de la mano nos metemos al agua a chapotear como dos niños. Fatigados volvemos a la playa y nos tendemos desnudos a la sombra de unas palmeras, a dejar que la brisa nos seque la piel.

“Uff...” me dice de pronto Michiko: “Hacer el amor me da hambre, pero ya es muy tarde para volver al barco. Tendremos que ir a un restaurante. ¿Habrá alguno cerca de aquí?”

“Sí, hay uno... En la playa al final de la península, pero a ese no quiero ir.”

“¿Por qué? ¿Si es el único cerca?”

“Porque una vez entré a ese local queriendo a beber una cerveza y me sucedió algo que nunca me había pasado. Me había acomodado ya en el bar cuando el propietario, un tal don Filippo, un viejo flaco con la melena teñida de negro y unos largos bigotes amarillentos, vino a decirme que abandonara su local.”

“Pero, ¿Por qué?”

“Porque en su restaurante no servían a nadie que anduviera vestido de pantalones cortos, sin camiseta y con sandalias.”

“Pero si el restaurante se encuentra al lado de la playa... Es normal andar así.”

“Claro, no hace sentido, tal vez fue que al tipo no le agradó mi nariz. Bueno, como fuera... Sin querer discutir con él me levanté del taburete diciéndole que me perdonara, pero que había olvidado el frac en mi yate. Luego, sin levantar la voz, le dije calmadamente que se metiera la cerveza en el culo, algo que no le pareció bien, a juzgar por su expresión.

Michiko goza con mi historia y riendo me propone: “Busquemos entonces alguna fruta en el bosque. Siempre se encuentra algo en los bosques tropicales.”

Nos estábamos vistiendo cuando vimos una negrita de unos diez o doce años que medio escondida detrás de un manglar, nos mostraba una gran concha nacarada haciéndonos señas que nos aproximáramos.

Creyendo que quería venderla me acerqué y se la pedí para verla, pero la chica, poniéndosela tras la espalda como temiendo que se la arrebatara, me preguntó de sopetón si queríamos comer pescado frito con arroz de coco preparado por su abuelita.

Aunque sorprendidos, yo y Michiko, que también se había acercado, le dijimos que sí, que nos gustaba mucho el pescado y que nos llevara donde la abuelita. Sin respondernos, dio media vuelta y comenzó a adentrarse en el bosque. Quisimos seguirla, pero la negrita,

mirando casi con temor hacia un lugar donde se veían unos hombres en la playa, nos indicó con un gesto que esperáramos donde estábamos y se metió a toda carrera entre los manglares. Desconcertados, nos quedamos parados en la playa.. Los hombres que parecieron inquietarla habían entretanto desaparecido, pero como no regresaba, pensamos que se había divertido a costa nuestra, tomándonos por un par de turistas bobos.

Íbamos ya a entrar al bosque a buscar la fruta que nos habíamos prometido, cuando oímos risas y voces y vimos dos niños, que medio escondidos entre los árboles, nos hacían señas y nos preguntaban a gritos si éramos nosotros los que queríamos comer pescado frito.

Respondimos a coro que sí, que nos llevaran por fin donde la abuela porque teníamos hambre. Los seguimos y, al cabo de unos minutos de marcha entre palmeras y espesos arbustos, llegamos a un claro oculto entre los árboles donde vimos a la chica que nos había mostrado la bonita concha nacarada, a otros dos niños y a una pareja de viejos negros, seguramente los abuelos, sentados sobre unos troncos de palmeras alrededor de una fogata. Sobre las brasas se cocía un aromático guiso de arroz con coco en una panzuda olla de greda negra y en una abollada sartén que se balanceaba sobre una parrilla de alambre, se freía un pez del Caribe, un gran pargo que despedía un olor exquisito.

El viejo me dijo que lo había pescado muy de madrugada y que como era tan grande, les alcanzaba para comer ellos y para ofrecer almuerzo a los turistas, ganando así unos centavos. Vi que la chica que nos habló en la playa me miraba muy seria. Me acerqué a ella y le pregunté la razón del temor que parecía haber demostrado, pero no me respondió.

Sin dejar de preocuparse de sus guisos, me dijo la vieja con voz plañidera: “Ay, *señó*, es que mi nieta tiene *mieo* de esos *condenáos polecías* que no nos dejan *trabajá* por *favorecé* a don Filipo, el dueño del restaurante que les pasa plata...”

Y viendo que había despertado mi curiosidad, continuó luego contándome, en un dialecto demasiado complejo como para transcribirlo, sus azares de pequeños comerciantes.

En las pausas que hacía la mujer para vigilar la comida, le traducía yo la historia a Michiko, para quien el dialecto de la anciana era casi incomprensible. Yo mismo tenía que prestar mucha atención para entenderla.

Contaba la vieja negra que a pesar que el ínfimo negocio que ellos hacen no le merma la clientela, don Filipo, el dueño del restaurante, aborrece que el pescador ofrezca comida a los escasos turistas que se pasean por este lado de la extensa playa, y trata de impedirles su

pequeño comercio mandando cada cierto tiempo, dos hombres de la policía a quienes paga, para que los amenacen, les rompan sus aperos de cocina e incluso los golpeen.

Enjugándose las lágrimas, añade la vieja que hace unos meses estos mismos policías les rompieron el bote a pedradas para impedirles pescar. Para evitar un nuevo atropello esconden ahora la embarcación en lo más profundo de los manglares apenas regresa el viejo de la pesca. Buscan también un lugar oculto para cocinar, porque si los hombres los encuentran sirviéndole a alguien, sufren de nuevo insultos, golpes y destrucción de sus pertenencias. Añade que es con mucho temor que envían la chica a buscar clientes. La niña insiste en ir ella misma porque sabe que si sus abuelos son sorprendidos invitando turistas, se arriesgan a recibir una feroz paliza a manos de los policías. Ella, siendo una chica joven, es rápida y puede escapar si la sorprenden, pero tiene que estar siempre alerta porque los policías de marras les han dicho a los viejos que si la sorprenden hablando con algún turista, la enviarán a un reformatorio acusándola de prostitución.

Al oír esto comprendí el temor que mostró la chica al ver los hombres en la playa. Tal vez pensó que podrían ser los policías que la espiaban por si ella le ofrecía comida a los turistas. Durante la larga narración nos sirvió la abuela a Michiko y a mí unos buenos trozos de pescado frito con grandes porción de arroz con coco diciendo: “Algo como esto no se los ofrece don Filipo, ni tan barato tampoco.”

“Se lo creo porque esta comida es riquísima,” dijo Michiko saboreándose, “Es la primera vez que como en Colombia algo así. La familia donde me alojaba pensaba tal vez que algo tan típico no me agradaría.”

“Sí, es muy bueno,” le respondí, chupándome los dedos, “Es un plato que en Chile se desconoce.”

Estábamos comiendo cuando llegó a la reunión un hombre joven, alto, de pelo colorín, que saludó a la familia negra como a viejos conocidos. Se sentó sobre un tronco cerca de nosotros y la vieja le pasó en seguida un plato con una buena porción de arroz y de pescado.

Nos habló en inglés, saludándonos: “Hallo, I’m Sal.” Le estreché la mano diciéndole que yo era Antonio, un chileno y que mi amiga era Michiko, una chica japonesa, que hablaba español divinamente.

La miró sonriendo: “¿De veras hablas español?” Michiko asintió, y él continuó en castellano: “Que bueno. A mí me encanta esta lengua. Soy turco, un curdo en realidad, y enseñé literatura sudamericana en un colegio en Estambul. Estoy ahora visitando mi hermana que está casada con un colombiano y vive con él y sus niños en Cartagena.

“Somos colegas entonces,” dijo Michiko, “Yo enseño literatura española y latinoamericana en la universidad de Yokohama.”

“¡Qué bien,” exclamó Sal, “Tienes que dejarme tu dirección para mantener contacto e intercambiar ideas.” Sacó una libreta de su mochila, y anotó su nombre y dirección en un trozo de papel que nos ofreció. En seguida nos pasó la libreta para que anotáramos las nuestras. Michiko escribió la suya en Yokohama y yo la mía en Santiago, comentándole que por ahora era un vagabundo sin dirección fija, pero que las cartas que recibía en esa dirección, me las enviaban a los consulados chilenos de los países por los que viajaba.

Continuamos hablando acerca de nuestros viajes y proyectos. En algún momento durante la conversación le mencioné a Sal los problemas del pescador y su familia, preguntándole si estaba al tanto de ellos. Me contestó que los conocía y que el abuso del dueño del restaurante y de sus policías lacayos le exasperaba y nos contó que hablando con su cuñado acerca de este problema, habían planeado entre ambos un medio de ayudar a la familia.

Le pregunté que pensaba hacer, pero me contestó que si podíamos quedarnos un par de horas lo veríamos. No quería decirlo ahora porque era posible que el proyecto se tornara en un desastre, en vez de resultar como lo habían planeado.

Su respuesta nos intrigó por lo que Michiko y yo decidimos quedarnos hasta ver si el plan que tenía Sal para ayudar a la familia resultaba.

Estaba éste contándonos una anécdota de sus viajes, cuando uno de los niños llegó corriendo y entre jadeos le dijo: “¡Ahí vienen, ahí vienen!”

Interrumpiendo su narración, sacó Sal de su mochila una cámara fotográfica y la preparó, haciendo señas a los niños para que se apartaran de la escena. Los chicos se escondieron rápidamente entre los árboles, quedando sólo los viejos negros junto a la fogata y nosotros tres, sentados en unos troncos a cierta distancia del fuego.

Unos minutos más tarde, dos tipos de aspecto brutal, pero cómicamente parecidos a Laurel y Hardy, irrumpieron en la escena y se acercaron a los negros, dando de paso patadas a los tiestos de cocina y a los platos que la anciana tenía dispuestos sobre un cajoncito. Mirando con saña a los viejos, que aterrados se habían levantado de su asiento, les gritaron: “¡Negros hijos de puta, no les hemos dicho que no deben ofrecer comidas a estos gringos de mierda! ¡Ya se nos acabó la paciencia! ¡Ahora van tener su merecido!”

El flaco agarró de un brazo a la anciana, retorciéndoselo, mientras el gordo cogía al pobre viejo y comenzaba a sacudirlo como un estropajo. Al ver tamaña insolencia iba a abalanzarme contra él, pero Sal me retuvo: “¡Espera! Déjame sacar más fotos.”

El gordo se dio cuenta que estaban siendo fotografiados y dándole un empujón al viejo negro que lo tiró de espaldas al suelo, arremetió contra el turco tratando de arrebatarse la cámara.

Me metí entonces entre ambos dándole tal empujón al gordo que lo lancé por tierra. El hombre, muy ágil a pesar de su gordura, se medio incorporó y sentándose en el suelo, sacó un revólver del bolsillo con el que nos amenazó, gritando: “Gringos de mierda, ya verán lo que les pasa por asaltar la policía. Les va a llegar, igual que a estos negros desgraciados.”

“A ti y tu compadre les va a llegar cuando mi cuñado, el jefe de la policía, don Pedro Fuentes, se entere de lo que hacen ustedes.” le gritó a su vez Sal, “Por si se te ocurre disparar ese revólver, te diré que él sabe que estoy aquí y que ahora viene.”

Efectivamente, poco después de estas palabras, un grupo de hombres uniformados apareció entre los árboles. Al frente iba un señor grande, de aspecto imponente, quien, al ver al gordo, que sentado en el suelo, continuaba amenazándonos con el arma, le pegó una patada en la mano que le hizo soltar el revólver diciéndole: “Esto te va a costar muy caro, Sánchez, amenazando a mi cuñado y a esta pareja, y dejándote pagar para joder a esta infeliz familia.”

Y dirigiéndose a su cuñado: “¿Sacaste bastante fotos, Sal?”

“Las suficientes para que vayan derecho a la cárcel,” le contestó este.

“Ahí es donde van a ir, pero antes vamos a registrarles los bolsillos.”

Sánchez se puso lívido y levantándose del suelo, hizo amagos de huir, pero los policías al mando del señor Fuentes los sujetaron de los brazos a él y a su compinche, y empezaron a vaciarles las carteras.

“Mire jefe, lo que le encontramos a Carrasco,” dijo uno de ellos, enseñando dos bolsitas llenas de un polvo blanco que sacaron de la cartera del flaco: “Parece cocaína de pura calidad,” dijo otro de los policías. Y metiendo un dedo en una de las bolsas sacó un poquitín y lo probó:

“Una ‘coca’ excelente, señor Fuentes.”

“Sánchez también tiene sus paquetitos.” dijo el policía que lo registraba.

“Oye, Sal,” dijo el señor Fuentes a su cuñado, “Saca también fotos de estos hallazgos, para ningún leguleyo vaya a poder negar esta evidencia.”

Sal hizo clipear el aparato hasta que se le acabó el rollo: “Voy a poner otro,” dijo.

“No hace falta,” contestó Fuentes, “Tenemos suficiente para guardar este par de burros por un largo tiempo en el corral. Van a estar muy contentos cuando en la cárcel se topen con algunos tipos que ellos mismos han metido ahí, porque te diré que hubo un tiempo en que estos dos desgraciados fueron buenos policías. Lástima que la droga los haya agarrado y necesiten hacer constantes fechorías para sacar plata y satisfacer el vicio.”

“¿Los llevamos al auto, jefe?” preguntó unos de los policías.

“Sí, pero antes quiero que les paguen a esta familia los daños y perjuicios que le causaron.”

Miró a la vieja preguntándole: “¿Cuánto cuesta todo lo que le rompieron?”

La anciana, sobándose el brazo que el flaco le había retorcido, contestó temerosa: “Nada señor, no se preocupe...”

“No, no, esto no queda así, estos cabrones que le dan mal nombre a la policía van a pagar los daños que hicieron... Dime, Sal, ¿cuanto crees que le deben estos sinvergüenzas a la familia por los destrozos que hicieron?”

“Unos cien pesos, por lo menos.”

“¡Cien pesos!” gritó Carrasco, “esas porquerías no valen ni diez pesos.”

“¡Cállate y paga, bestia!” le gritó el señor Fuentes, “O vas a recibir de mis propias manos la paliza que se merecen tú y Sánchez.”

El hombre sacó a regañadientes una cartera del bolsillo del saco. El capitán se la arrebató y sacando unos billetes se los pasó a la mujer que llorando los recibió.

“Ahora pónganle esposas a estos carajos y se los llevan al cuartel” les ordenó a sus subalternos.

Los policías se fueron con los dos presos y el señor Fuentes, saludándonos a Michiko y a mí, le preguntó a su cuñado: “¿Y este señor y la señorita son tus amigos? Invítalos a venir a casa esta tarde.”

“Claro, con mucho gusto. Vengan conmigo a conocer mi hermana,” exclamó Sal.

Michiko y yo nos miramos. “Temo que si nos atrasamos en llegar, el barco parta sin nosotros,” me dijo ella, “Hendrick y yo no somos tan amigos para que arriesgue por mí la oportunidad de zarpar hoy. Podría irme mañana en avión, pero mi equipaje está a bordo.”

“Si no lo hace por ti, menos por mí,” le contesté, acordándome que Henderson ya había mencionado que cargarían esa tarde.

Tenía razón Michiko, era imprudente quedarse más tiempo en la isla. Le agradecemos al señor Fuentes y a Sal su amable invitación, sintiendo mucho no poder aceptarla, explicándoles que temíamos que el barco que nos llevaba de pasajeros partiera sin nosotros.

“Otra vez será, entonces” contestó él, “Les deseo un buen viaje.”

Luego se volvió a Sal para decirle: “Buen trabajo hiciste, cuñado, hacía tiempo que sospechaba de Sánchez y de Carrasco, pero no habíamos logrado hasta hoy ninguna evidencia de su tráfico con drogas. Espero que con las fotos que sacaste convenceremos al juez de meterlos a la sombra.” Y palmoteándole el hombro se marchó.

Cuando quedamos solos le pregunté a Sal: “¿Cómo sabías que los policías mafiosos iban a venir hoy? Parece que lo planeaste muy bien, pero te diré que cuando Sánchez sacó el revólver casi me cagué en los pantalones.”

“A mi también me dio susto,” dijo Michiko, “Quise echar a correr detrás de un árbol, pero todo pasó tan rápido que no tuve tiempo de hacer nada.”

Sal se echó a reír: “Tampoco esperaba que uno de ellos sacara un arma, pero no creo que hubiera disparado. Me imagino que sólo quería asustarnos y sacarnos dinero, amenazándonos con llevarnos presos por atacar la policía... Claro que nunca se sabe.”

“¿Pero cómo organizaste todo?” insistí.

“Bueno.., hace unos días le dije a esta familia lo que planeaba, ¿Verdad, José?”

“Si, señor, usted ha sido muy bueno con nosotros.” le contestó el viejo negro.

“Gracias a que tengo un cuñado policía. De lo contrario nada hubiera podido hacer...”

Comencé mi plan yendo hoy al mediodía al restaurante de Filipo. Me senté en el bar y comencé a mirar los precios en el menú. Luego, tirando la carta despreciativamente sobre la mesa, comenté en voz alta y en inglés, para que lo oyeran y comprendieran los turistas que estaban sentados en el bar esperando la hora de almuerzo, que la comida que ofrecían unos negros en los manglares era mejor y más barata.

Apenas el barman me oyó fue corriendo con el cuento donde su patrón. Este vino y me armó una gresca diciéndome que abandonara en seguida su local y que me iba a demandar por desprestigiarlo. Le dije que podía hacer lo que quisiera, pero que era verdad lo que afirmaba y para demostrarlo, me iba yo ahora a comer donde ellos y quien quisiera podía acompañarme. Cuando dejé el local, Filipo debe haber pedido a alguien que me siguiera para saber donde se escondía la familia. Me imagino que luego llamó a Sánchez, ordenándole que fuera inmediatamente donde los negros y se los llevara presos de una vez por todas, acusándolos de vender cocaína a los turistas. Con este propósito traían en los bolsillos las bolsitas que hubieran presentado como evidencia, pero les salió todo al revés. Mi cuñado, que ya sospechaba que ambos traficaban con drogas, los tenía desde hace algún tiempo bajo la vigilancia de un detective que ni Sánchez ni Carrasco conocían, un hombre que vino especialmente de Bogotá con ese propósito.

“José y su mujer hubieran podido declarar que las drogas no eran de ellos,” dije.

“Claro que no, realmente son Sánchez y su camarada los que ofrecen coca a los turistas. Pero, ¿a quién piensas que le va a creer el juez, al policía o al negro analfabeto?”

“Tienes razón,” le dije, “los pobres siempre pagan el pato.”

Sal se rió a carcajadas al oír esta expresión que no conocía y me pidió explicársela.

“Es muy antigua, viene de la Edad Media y se usa mucho en castellano,” le dije, relatándole como la palabra ‘pacto’ llegó a ser ‘pato’ a través del tiempo.

Hubiera querido conversar más con él, pero el barco nos aguardaba y había que partir.

Los dos viejos negros, José y Catalina, no querían que pagáramos nuestro consumo. Tuvimos prácticamente que forzarles a que tomaran el dinero. Les dimos asimismo unas monedas a los niños que habían vuelto de su escondite y que, muy excitados, preguntaban por todos los detalles de lo sucedido. Hasta Carmencita, la niña de la concha, había perdido su mutismo.

Sal dijo que nos acompañaría hasta el lugar donde habíamos dejado el bote para que no fuéramos a extraviarnos en los manglares. Finalmente decidieron venir todos con nosotros.

Hubiera preferido volver solo con Michiko, pero no pude negarme a que nos acompañaran.

Sin embargo, al llegar a la playa y mirar hacia el mar, vi que aunque hubiéramos venido solos, no hubiéramos podido nadar otra vez desnudos en las tibias aguas, ni hacer el amor.

La ‘Sirena del Caribe,’ se había acercado hasta llegar a unos cincuenta metros de la isla. Las chimeneas arrojaban espeso humo señalando la inminente partida y pudimos ver a Hendrick y a Pierre que, parados en cubierta, nos hacían apremiantes señas de regresar al barco.

“Nos están esperando,” gritó Michiko, saltando en la playa y agitando los brazos para contestar las señas, “Vamos a tener que remar entre ambos para llegar muy rápido.”

Nos despedimos de los niños y de la pareja de negros y, luego de prometer a Sal que nos escribiríamos y que trataríamos de volver a encontrarnos algún día, trepamos al bote que entre todos empujaron al agua, y remamos de prisa en dirección al barco.

Michiko era mucho más experta que yo en el arte de navegar, más tarde me contó que participaba en regatas desde que era niña, y me mostró la mejor manera de hacerlo para adquirir velocidad y no cansarse demasiado.

Pierre y Hendrick nos recibieron diciéndonos en tono zumbón que si no fuera porque teníamos el bote, la ‘Sirena del Caribe’ hubiera zarpado sin nosotros.

Nos disculpamos como pudimos por nuestra tardanza, pero ellos riendo, nos contestaron que la cosa no era tan terrible, lo que alivió mucho a Michiko.

Como fuera, apenas los chinos terminaron de asegurar el bote a remos sobre cubierta, zarpamos en dirección al puerto de Cartagena a recibir la esperada carga.

Casi al anochecer terminaron los trabajadores del muelle de llenar las bodegas de la nave con cajas y sacos. Los chinos las cerraron y levantaron las pasarelas de carga soltando las amarras

que ataban la nave al muelle. Se oyó sonar una campana y respondiendo a la señal, las máquinas de la nave tronaron estremeciendo la vieja armazón. Al cabo de unos instantes la ‘Sirena del Caribe’ se apartó majestuosamente del muelle, y girando sobre sí misma, puso proa al mar abierto, embistiendo poderosamente las olas que se le oponían.

Michiko y yo nos quedamos a popa viendo como se atenuaban a la distancia las luces de Cartagena. La luna brillaba en un cielo sin nubes, empalideciendo las estrellas, y su luz reverberaba en la superficie del agua, resquebrajándose en la blanca espuma que dejaba el navío al romper las olas. La brisa, tibia en la costa, se había tornado algo fría. Michiko se acurrucó entre mis brazos buscando mi calor. Apoyándome la cabeza sobre el pecho musitó calladamente: “Me gustaría estar en tus brazos para siempre.”

“Si lo dices de veras, no vuelvas al Japón. Quédate conmigo. Nos vamos a Chile donde también puedes trabajar en tu profesión, o partimos a recorrer el mundo.”

“Hmm... Una atractiva idea, amor mío, pero para mí imposible.”

“¿Qué te lo impide?”

“Un problema que he dejado pendiente viniendo a Sudamérica. Quiero separarme de mi marido, pero no sé como lograrlo sin perjudicarme.”

“¿Estás casada, entonces?”

“Sí, desde hace unos años, pero nuestra unión es un fracaso.”

“¿Por qué?”

“Porque mi marido carece de interés sexual, aunque trata de ocultarlo. He sabido recientemente que le confió a su madre que no tenemos niños porque soy infértil. Lo que realmente sucede es que al poco tiempo de casarnos, comenzó a tratarme como una bonita muñeca a la que se mira, pero no se toca.”

“Tal vez tiene una querida y te engaña aduciendo indiferencia.”

“No, no lo creo, no una mujer, por lo menos. Creo que es homosexual, pero que no tiene el valor de confiarse en mí... En realidad no sé que es lo que sucede entre nosotros, pero debo aclararlo a mi regreso, sea como sea.”

“¿En qué trabaja tu marido?”

“Es ingeniero y tenía su propia firma cuando nos casamos. Era pequeña, pero los ingresos bastaban para vivir bien. Sin embargo, se dejó convencer por su padre de trabajar para él en la industria de su familia, o eso me contó. Desde entonces casi he dejado de verlo ya que se queda muchos fines de semana en la fábrica, que está en una ciudad a unos cien kilómetros de nuestra casa.”

“¿Lo echas mucho de menos?”

“Sí y no. Mi problema es que cuando estoy sola, carezco casi absolutamente de vida social. Tengo amigos en la universidad a los que me gustaría visitar, pero todos son casados y hallarían muy extraño que viniera sola a sus casas.”

“¿Por qué no pensaste antes en divorciarte? ¿Es porque aún lo quieres?”

“No, ya no lo quiero, pero en Japón la situación de una mujer divorciada es terrible. La sociedad la discrimina y ha habido casos donde una divorciada ha perdido su posición en un colegio o en la universidad por considerarla un mal ejemplo para los estudiantes.”

“Es difícil creerlo. En Chile también son mojigatos, pero no creo que lleguen a tanto.”

“Desgraciadamente es así en mi país. Bueno, cuando se me presentó la oportunidad de realizar este viaje de estudios, lo consulté con mi marido. El estuvo de acuerdo en que lo hiciera, diciendo que la lejanía sería propicia para reflexionar en paz sobre nuestra situación. Sin embargo, a pesar de ser él el que se ausenta dejándome sola, me escribe mi madre que es muy hipócrita, comentó en el seno de su familia que se sentía solo y abandonado a causa de mi viaje. Ahora ambas familias, tanto la de él como la mía, me culpan a mí que nuestra relación no sea un éxito.”

“Pero es tu vida, no la de ellos. ¿Por qué se meten en tus asuntos privados?”

“Porque mi padre y el suyo mantienen relaciones comerciales y tienen proyectos comunes que son más fáciles de realizar cuando existen vínculos familiares. Algo que no menciona ninguno de ellos, prefiriendo achacar su indignación a la falta de respeto a la tradición familiar y a las buenas costumbres de la sociedad japonesa que he demostrado, dejando solo a mi esposo para viajar al extranjero. Hasta mi madre se ha vuelto en contra mía.”

“¿No te dan ganas de olvidarte de deberes, de ambiciones, especialmente cuando no son los tuyos propios, sino los de tu familia?”

“Claro, pero no son los intereses de nuestras familias los que me preocupan, sino los míos propios. Ya te conté que la mayoría de los japoneses discriminan a una mujer divorciada y temo por mi posición en la universidad, si doy ese paso.

Como mujer, he batallado mucho para llegar a ser reconocida en una profesión universitaria, reservada en Japón más bien a los hombres, pero si me divorcio como sería mi deseo, me veré obligada a luchar nuevamente para defender lo que con tanto esfuerzo he logrado.”

Calló y vi que se le humedecían los ojos. La abracé muy fuerte, deseando poder defenderla de injusticias e ingratitudes.

Se enjugó una lágrima con el dorso de la mano añadiendo con triste ironía: “Los japoneses somos tan amantes del deber y del trabajo que se nos olvida que en la vida hay mil cosas más importantes que cualquier obligación.”

Levantando la cabeza, me besó en los labios y añadió suspirando: “No hablemos más de cosas irremediables. Vamos ahora al comedor. Creo que oí la campana que anuncia la cena. Comamos tranquilamente, hablando de cosas agradables con nuestro capitán y con Pierre y después de cenar te vienes conmigo a mi cabina.”

“¿No se opondrá el capitán a que venga al comedor de los oficiales?”

“No temas, no dirá nada. Verás que él y Pierre son muy sociables cuando los conoces personalmente. Le contaremos la aventura que pasamos esta tarde para divertirlos.”

“Entonces, para que el clima sea aún mejor, llevaré una botella de un buen aguardiente de caña que compré hace unos días en Cartagena.”

“Magnífica idea. A Pierre y a Hendrick les gusta beber algo bueno antes de irse como dos tortolitos a la cama.”

“¿Qué quieres decir con dos tortolitos?” exclamé, recordando aquello de ‘El nido’ y la sonrisita pícaro del malayo: “¿Pierre y Hendrick son amantes?”

“Como lo oyes. Si fueras homosexual te recomendaría tener mucho tino y no mostrar excesivas simpatías por ninguno de ellos, porque el otro te sacaría los ojos.”

Divirtiéndome con la idea que el melancólico capitán o el afable mulato me sacaran los ojos por celos, busqué la botella que tenía cuidadosamente empacada en mi mochila y, con ella bajo el brazo, entramos Michiko y yo al comedor reservado a los oficiales, donde ya se encontraban los dos tortolitos bebiendo unas cervezas.

Si les sorprendió que me reuniera con ellos en lugar de ir al comedor de la tripulación, no hicieron ningún comentario. Presenté la botella al capitán y vi que se le iluminaron los ojos: “Hmm, a fine schnapps, thank you, gracias.” La abrió en seguida y, pidiéndole copas al chino, sirvió una ronda de aperitivo. En realidad era un ‘schnapps’ muy bueno.

Como Hendrick hablaba el español con dificultad, continuamos la conversación en inglés, contándoles la aventura con policías y negros que nos retuvo en la isla. Nuestra odisea les hizo reír mucho, especialmente el relato del jefe de la policía pateando a Sánchez para hacerle soltar el revólver.

Conversamos, comimos y bebimos del aguardiente hasta vaciar la botella. Mientras Michiko y yo bebíamos una taza de café, Hendrick y Pierre se levantaron dándonos las buenas noches. Me imagino que se fueron a continuar haciendo las tareas que un capitán y su segundo normalmente ejecutan a bordo, mirar los mapas, señalar la ruta, coger el timón, o simplemente acostarse como dos tortolitos, qué sé yo.

Tomados del brazo subimos Michiko y yo al puente a contemplar el mar. Sobre las oscuras olas brillaban aquí y allá, unas diminutas luces de un azul fosforescente, agitadas por el paso

del barco. Sin saber nada de fenómenos marinos, no pudimos explicarnos cual era su causa, poniéndonos poéticamente de acuerdo en que eran las almas de los náufragos que subían a la superficie a pedir socorro cuando pasaba un barco.

Luego observamos el cielo y las estrellas tratando de averiguar en que dirección había quedado Cartagena, pero nuestra ignorancia sideral era tan magnífica como la marina y no lo conseguimos. Abandonando esta ardua tarea, nos sentamos sobre los rollos de cuerda y nos abrazamos, besándonos con pasión para entrar en calor, pero al cabo de un rato, tiritando de frío y de amor, decidimos ir a su cabina a acostarnos. Mucho no dormimos esa noche. La sombra nocturna no estaba destinada en esa ocasión al sueño, sino al amor. Nos amamos con locura, insaciablemente, sin acordarnos del pasado, sin pensar en el futuro.

Despertamos tarde por la mañana y aunque ya no era hora de desayuno, fuimos al comedor a ver si quedaba algo. El chino de turno nos dedicó una sonrisa cómplice y, sin mencionar la hora para nada, nos sirvió café y panecillos que comimos con gusto.

Subimos después a cubierta donde vimos a dos de los chinos, que sentados bajo el toldo en cubierta sin hacer nada, parecían solemnemente aburridos.

“Me extraña que no jueguen al Mah-Jong, como hacen siempre,” le dije a Michiko.

“Es que no es divertido sólo con dos jugadores,” me contestó, “En China se necesitan cuatro para una partida. Les voy a preguntar si quieren jugar con nosotros.”

“¡Pero no conozco el juego!” exclamé.

“Te lo enseño. Es muy fácil.”

Se acercó a los chinos diciéndoles unas palabras en cantonés que parecieron divertirlos. Uno de ellos buscó entre sus cosas y trajo lo necesario para el juego. Nos sentamos a la mesita que habían instalado en cubierta y Michiko me explicó pacientemente las reglas del juego. Eran aún más complicadas de lo que parecían, pero hice lo que pude para comprenderlas.

El Mah-Jong es un juego con piezas como el dominó, pero que, en lugar de puntos, tienen ideogramas que significan una gran variedad de cosas. No sé si verdaderamente lo comprendí, pero les di a Michiko y a los chinos buena ocasión de reírse a carcajadas de mis errores.

Jugamos hasta que anunciaron el almuerzo. Nos reunimos en el comedor con Hendrick y con Pierre y almorzamos todos con gran apetito, felicitándonos Michiko y yo de gozar de la comida sin sufrir los efectos del mareo como a algunas personas les sucede cuando navegan en alta mar. Nos dijo Pierre que hay incluso marinos que se ven afectados por el problema, Estábamos esa tarde recostados en la cabina cuando sentimos que el viento aullaba y que la ‘Sirena del Caribe’ se estremecía como si un gigante la agitara de un lado al otro. Un poco

asustados nos levantamos, esta vez sí algo mareados, y salimos de la cabina dando de tropezones para subir a cubierta y ver que sucedía.

Se iniciaba una tormenta y los chinos corrían de un lado al otro asegurando todo lo que estaba suelto. El embravecido mar y el viento sacudían la nave como si fuera una cáscara de nuez, haciéndola subir vertiginosamente hasta la cúspide de las inmensas olas, o bajar como un tobogán a la sima de los profundos valles que formaba el oleaje.

De vez en cuando una ola restallaba sobre la nave, inundando la cubierta y haciéndonos pensar que el barco se iría a pique, si una más grande lo azotaba.

Sobre la nave un cielo trágico, pintado por los rayos del sol poniente de un resplandeciente escarlata, o manchado de negro por los oscuros nubarrones que lo cruzaban. Bajo él, el mar amenazante, que golpeaba la nave como queriendo tragársela. La escena tenía algo de wagneriano, trágica, bella y terrible al mismo tiempo. El fuerte viento caliente que venía de la costa silbaba en los cables del barco, empujando velozmente los celajes grises y zarandeando las aves marinas que, dando tristes chillidos, volaban en torno a la nave.

Abrazándonos para poder sostenernos de pié sobre el puente, miramos embobados el grandioso espectáculo, esperando a cada momento que la tempestad culminara en lluvia, truenos y relámpagos. Sin embargo, sucedió súbitamente algo sorprendente, maravilloso. En un solo instante desaparecieron las nubes, el mar se calmó y el cielo se vistió de un azul esplendoroso, retornando por arte de magia la paz y la tranquilidad.

“Si fuera todo así en la vida,” suspiró Michiko, mientras volvíamos a la cabina.

Esa noche era nuestra última. Al día siguiente llegaríamos a Panamá donde nos separaríamos. Mantuvimos en esa noche, sin embargo, la ilusión que el futuro no existía, que podríamos seguir eternamente flotando en una nave de sueños sobre el mar profundo, estrechamente unidos en cuerpo y alma, amándonos, sólo amándonos.

A la mañana siguiente permanecemos en la cabina. Queríamos estar solos las cortas horas que nos restaban antes que el barco llegara a Colón donde desembarcaríamos. Su avión partía esa tarde y estábamos de acuerdo en que yo la acompañaría al aeropuerto a despedirla.

Sin embargo al llegar a Colón sucedió algo absurdo. Los oficiales americanos a cargo de la Zona del Canal que habían subido a bordo a inspeccionar el barco, no me permitieron desembarcar, aduciendo que carecía de visa para entrar a Panamá. Les expliqué que el cónsul panameño en Cartagena me había dicho que no la necesitaba, pero se negaron a oírme. Se despidieron y bajaron a su lancha, diciendo que consultarían el caso con sus superiores, pero que por ahora tendría yo que esperar. Si la decisión de aquellos era favorable, podría desembarcar esa tarde en Balboa, al otro extremo del canal.

Michiko no podía esperar. Su avión saldría en unas pocas horas y no podía arriesgarse a perderlo. Los chinos pusieron su equipaje a bordo de la lancha de los aduaneros y vi desesperado como se despedía de Pierre, de Hendrick y de los chinos.

Se acercó luego a mí, ofreciéndome sus labios. Nos abrazamos fuertemente, diciéndonos adiós. Bajó luego a la embarcación donde los aduaneros la esperaban, haciendo zumbir el motor de a bordo con obvia impaciencia. Me quedé parado en el puente haciéndole señas, viéndola alejarse. Adiós para siempre, Michiko, sayonara...

Conteniendo la rabia y la tristeza, continué de malas ganas en el barco que se desplazaba a lo largo del canal, pensando que si no me permitían desembarcar en Balboa, me vería obligado a continuar hasta Buenaventura, un lugar por el que había pasado hacía más de un mes.

No creo que Hendrick tuviera tampoco deseos de llevarme hasta ese puerto, o de tener que traerme de vuelta a Cartagena, si, por cualquier razón, no me permitían desembarcar allí. Tal vez por eso, o porque de veras quería ayudarme, tomó la iniciativa. Mientras bebíamos una taza de café me dijo amistosamente: “Se me ha ocurrido una solución para tu problema, pero no sé si los americanos la aceptarán. Si estás de acuerdo, la trataré.”

“¿Que quieres decirles?” le pregunté.

“Que me responsabilizo personalmente de que tú no tienes intenciones de establecerte en Panamá. Lo hago con la condición que me prometas no dejarme mal quedándote ahí, en lugar de seguir viaje como me has dicho que es tu deseo.”

Hubiera podido abrazarlo, pero temí que Pierre que había llegado en ese momento, me arrancara los ojos y me contuve: “Te lo agradezco, Hendrick, eres muy amable. No temas que te deje mal, lo único que deseo es seguir viaje. No quiero quedarme en Panamá, ni tengo tampoco deseo de recorrer Colombia de punta a cabo nuevamente.”

“Bueno, si mi idea no resulta no te dejaremos en Buenaventura, te traeremos de vuelta a Cartagena. Pero debes saber que antes de nuestro regreso podrían pasar por lo menos dos meses, o más aún si en Buenaventura conseguimos carga para el Perú.”

No pude menos que reírme: “A lo mejor me llevas de nuevo a Chile.”

“Allá no vamos,” me contestó, hablándome en su chapurreado español y guiñándome un ojo, “En los puertos chilenos hay que cerrar con llave hasta el tarro de la basura.”

Fue a la cabina de radio y volvió al cabo de unos minutos diciendo que los americanos aceptaban su garantía y me autorizaban a desembarcar en Balboa, donde enviarían una lancha para llevarme a la costa.

“Si los gringos no vienen a buscarte, te llevaré yo personalmente,” me dijo. Y añadió maliciosamente: “Lo hago para estar seguro que no vas a volver con alguna amiguita. Tú y Michiko nos regalaron con una buena telenovela de amor y eso nos basta por ahora.”

Y él y Pierre se echaron a reír a carcajadas, tan cómicas, que me contagié y reí con ellos.

A llegar a Balboa unas horas más tarde, vino una lancha de inmigración a buscarme.

Despidiéndome de todos cordialmente, sin olvidar a nadie, ni siquiera al fanático religioso, desembarqué en la parte de Panamá que da al océano Pacífico.

Me quedé en el muelle viendo partir a la ‘Sirena del Caribe.’ Mientras les hacía señas de despedida me preguntaba si volveré algún día a ver al melancólico Hendrick o al amistoso Pierre. Tal vez si vuelvo a Cartagena veré a ‘La Sirena del Caribe’ anclada en la bahía y pensaré en las horas que pasé con Michiko, ¿O no los veré nunca más...? Chi sà?

Han pasado muchas horas desde que ella desembarcó y es inútil ahora tratar de ir al aeropuerto. Además, ¿para qué? Lo pasado es pasado. Ella seguirá su vida y yo la mía. Lo único que espero con todo mi corazón es que pueda solucionar sus problemas y vuelva a tener la felicidad que se merece.

Con la mochila al hombro me fui al camino que lleva a la ciudad de Panamá, a ver si alguien me daba un jalón. Casi una hora después, cuando ya había pensado extender mi bolsa de dormir en un bosquecillo cercano, se detuvo un automóvil al ver mis señas. Era Mike, un soldado americano. Me ofreció inmediatamente un trago de whiskey de una botella que llevaba y nos pusimos a conversar para pasar el rato. Mientras guiaba su coche como si estuviera en un circuito de carreras, me contó que estaba estacionado en Balboa, pero que tenía una semana libre. Ahora viajaba a un departamento que alquilaba en la ciudad de Panamá a descansar de sus tareas de soldado y a pasar unos días divirtiéndose.

Cuando le conté lo que me había sucedido con mi amiga japonesa, lo vi ponerse algo triste y le pregunté que le pasaba. Me respondió que mi historia era parecida a la suya. Su esposa era también japonesa y recientemente se habían separado, volviendo ella al Japón, tal vez para siempre, ya que los problemas que tenían se habían tornado irremediables.

Nos miramos muy tristes, pero al ver las caras de estúpidos que poníamos, no pudimos menos que echarnos a reír, diciéndonos que las casualidades son increíbles. Simpatizamos tanto que, apenas llegamos a la ciudad, luego de ducharnos y dejar nuestras cosas en su departamento, nos fuimos a un sitio que él conocía para consolarnos a gusto de estar abandonados.

Comimos, bebimos y hasta bailamos para olvidar las penas. A eso de las dos o tres de la mañana, volvimos a su departamento en compañía de dos alegres chicas panameñas. Son tristes las separaciones pero hay que seguir viviendo... ¡Que diablos!

Pasamos la noche los cuatro en la cama de matrimonio de Mike. No tengo idea a que hora se levantarían las chicas a la mañana siguiente. Sólo recuerdo que en algún momento, Mike les llamó un taxi. Me dormí otra vez después que ellas se fueron y desperté cerca del mediodía. Me levanté y preparé café para mí y para mi nuevo amigo, quien aún dormía en el mejor de los sueños, abrazando el plumón y mostrando en el rostro una feliz sonrisa.

Como Mike tenía una semana libre, insistió que permaneciera con él durante esos días, algo que acepté con mucho agrado. Pasamos la semana divirtiéndonos de lo lindo, visitando todos los lugares que conocía y aventurándonos en otros. Me ofreció que cuando él volviera a su base militar, podía quedarme en su departamento todo el tiempo que quisiera, diciendo que vendría los fines de semana para que nos divirtiéramos juntos, pero recordando la promesa hecha a Hendrick, resolví que continuaría mi viaje cuando Mike volviera a su base.

Su obligación militar finalizará en seis meses y ya tiene planes para cuando retorne a los Estados Unidos. Me dio su dirección en San Francisco para que lo visite, prometiéndome que en esa ciudad lo pasaremos aún mejor que en Panamá. Lo haré de seguro cuando me encuentre en California. Mike me es muy simpático y lo paso muy bien con él.

Algún tiempo después, estando en el aeropuerto de la ciudad de México donde había ido a cambiar dinero, me encontré casualmente con Sal, quien partía de regreso a Turquía.

Tuvimos gran gusto en vernos nuevamente y, mientras bebíamos un café esperando que anunciaran su avión, me relató que no sólo Sánchez y su compadre Carrasco habían ido a parar a la cárcel por comerciar con cocaína, sino también Filippo, el viejo bigotudo dueño del restaurante, quien resultó ser nada menos que el jefe de la banda de traficantes de drogas. Al inquirir por la familia negra, me contó Sal que su cuñado había conseguido que se les otorgara un permiso para establecerse con un local en la playa, donde ofrecían ahora sus comidas sin temor a represalias. Cerrado el restaurante del viejo Filippo, era ahora el suyo el único lugar que ofrecía comidas a los turistas y los negros hacían un gran negocio sirviendo pescado frito y arroz con coco.

Me alegré mucho por estas noticias y de saber que les iba bien. Le comenté que si algún día vuelvo a Cartagena, iré a visitarlos y a comer con ellos.

“Si lo haces, salúdalos en mi nombre, ya que pasará algún tiempo antes que vuelva por esos lados,” me dijo, “Ahora debo regresar a mi país a reanudar mi trabajo. Se me acabó el año libre. Ven a visitarme en Estambul, ya sabes mi dirección.”

Prometiéndole que lo haría nos separamos con un gran abrazo.

Se fue él a abordar su avión y yo me quedé un momento sentado en el café, extrañándome que no hubiera mencionado a Michiko para nada. Es verdad que yo tampoco lo hice, pero fue para no despertar en mi alma recuerdos tristes. Es posible que a causa de sus problemas no le escriba a nadie y, por eso, ni Sal ni yo hemos vuelto a saber nada de ella.

De quien recibí hoy una hermosa carta fue de Mariana. Dice que no me olvida y me pregunta cuando volveré. La saco de mi bolsillo para leerla una vez más. Al finalizar su lectura me dan ganas de acercarme a una de las líneas aéreas y comprar un pasaje de regreso.

Tal vez lo haré, más pronto de lo que pienso, pero no antes de visitar California.

FIN

Nota importante:

Fuera de reseñas históricas, los personajes, nombres y sucesos de esta historia son ficticios. Cualquiera similitud con personas vivas o muertas, o con sucesos que hayan acaecido en algún lugar del mundo, es pura coincidencia.

Copyright: Juan Enrique del Solar, Alemania, mayo de 2015.

